

caballos, se apoderó súbitamente de la guardia del ayuntamiento; no dió tiempo á que se reunieran los voluntarios de la libertad, y dueño ya de la villa, en la que entraron á la carrera los infantes carlistas á proteger á su jefe, se apoderó de excelente armamento, buenos caballos y rico botín, aumentando su fuerza con nuevos presentados. Bien satisfecho pudo quedar el jefe carlista de su arrojo, y del entusiasmo que produjo al ver cómo le victoreaban, echaban á vuelo las campanas y efectuaban otras demostraciones de contento.

No se comprendería lo que era la guerra civil sin la exposición de estos hechos, pequeños de suyo, pero de grande importancia por su significación y consecuencias; además, se estaba en el principio de la lucha, y solo con la narración de determinados detalles y pormenores se puede llegar á tener alguna idea de cómo aquellas partidas insignificantes, ó mas bien, de cómo 27 hombres mal armados fueron el núcleo de un poderoso ejército en escaso tiempo formado.

Alentado Pérula por el buen éxito de sus audaces empresas, pretendió, unido á Radica y Mendoza, sorprender en Valtierra á una columna liberal; lo consiguió en parte, mas no llevó lo mejor en la acción que se trabó en las afueras del pueblo, y á no contentarse los liberales con las bajas que á sus enemigos causaron, si les persiguen, les copan ó acuchillan completamente, pues Pérula no podía detenerse, ni hacer frente por no tener infantería ni carabinas. Mas apurado vióse el carlista á los pocos días saliendo de Olcoz para cruzar por Eneriz la carretera de Puente la Reina: al pasar el puente de madera avistó á los liberales que rompieron el fuego, y ayudado de Radica y Mendoza, con revolver y sable en mano, no pudieron formar su gente por mas palos que dieron; solo cuatro ó cinco muchachos se batieron con valor, disparando de cerca contra la guerrilla de caballería que, con sin igual arrojo se echaba encima de los carlistas. Retiráronse estos por el monte de Elordi al Perdon, y si la columna liberal que salió de Puente hubiera ido directamente á situarse en la venta del Perdon, que dista una hora escasa, y á la cual pudo llegar dos horas antes que los carlistas, ó sale otra columna de Pamplona, habrían sido aquellos copados ó derrotados antes de llegar al puente de Belascoain, que era el objetivo de los carlistas y su áncora de salvación, aunque ignoraban si estaba ocupado. Al fin pasaron sin novedad, descansando al otro lado del Arga, en los pueblos de Vidaurre y Ciriza, al pié del puerto de Echauri.

Desde allí, en medio de un terrible temporal de nieves, por las alturas mas frías y escabrosas de Navarra, teniendo que abrir camino sobre la nieve en los intransitables terrenos que por los montes van al puerto de Artaza, y á fin de no quedar encerrado en la Amescoa baja, subió por el puerto de Zudaire Pérula con su gente para unirse con Olo, que marchaba á Vizcaya. Salvando dificultades y soportando las mayores fatigas, llegaron á la llanada de Alava convertida en blanca alfombra de nieve, atravesándola con el corazón oprimido, pues pequeña fuerza que se hubiese presentado les derrota por completo, por lo estropeados y rendidos que iban. Sin descansar en Villarreal pasaron á Ochandiano, sacaron contribución para pagar la gente, porque habían quedado los fondos en Navarra, y continuaron las penalidades de la marcha hasta llegar á Villaro, cuyo verde valle alegró á todos que veían el término de aquel penoso caminar que llamaron marcha de las nieves; siendo digno de observarse que no habiendo calzado que resistiera aquellas marchas, la mayor parte de los carlistas iban descalzos, con los pies ensangrentados y ninguno quedó rezagado, habiéndose perdido 22 caballos muertos de fatiga y estropeados, en aquella jornada desde Vidaurreta á Villaro.

Aquí se presentaron á Olo los jefes carlistas vizcainos sin voluntarios (1), y en vista de que el señorío no respondía al llamamiento verificóse una junta en la cual se levantó y firmó un acta, confiriendo á Olo el mando superior de Vizcaya, interinamente. Animados los vizcainos con la llegada de los navarros, pretendieron atacar á una fuerza liberal que había en

(1) La única fuerza armada que vieron los navarros, con carabina y revolver de seis tiros, fué la del presbítero Goirienea.

Miravalles, y aunque no le pareció bien á Olo, accedió, sucediendo lo que preveía, tener que retirarse los carlistas con algunas bajas, vengándose con prender fuego á unas casas y á la iglesia de Miravalles.

Encomendóse á los vizcainos la vigilancia y custodia de la carretera de Bilbao, y al disponerse las fuerzas de Villaro á pasar revista de armas, supieron que Ansótegui llegaba al pueblo sin que los vizcainos hubieran disparado un tiro ni dado el menor aviso; tuvieron que correr los navarros á tomar posiciones y contestar al fuego de los liberales, generalizándose en toda la línea sobre el río y en las posiciones de Elejabeitia; pelearon unos y otros combatientes con bizarría, lucharon algunos cuerpo á cuerpo, y aunque las guerrillas liberales avanzaron flanqueando, no se completó el movimiento envolvente, como pudo hacerse, á juicio de los mismos carlistas, que quedaron dueños del campo despues de dos horas de lucha (2).

En vez de remediar los vizcainos la falta que habían cometido, abandonaron á los navarros, dejándoles sin guía, ya de noche, sin comer, sin municiones y con heridos, por lo que exasperado Pérula corrió solo en busca de Goirienea y le obligó á volverse con él. Oscariz pretendió quitar á los vizcainos las buenas armas y uniformes que ostentaban, y costó trabajo disuadirle.

Comprendió Olo la inutilidad de sus esfuerzos en Vizcaya, y se decidió á regresar á su país. Peligrosa la retirada, aun haciéndola por Guipúzcoa, pidió á Santa Cruz la auxiliara, mas ni lo hizo ni contestó, si es que recibió el oficio.

Sin la mandada retirada de Dana de la Amescoa, y la concentración de las demás fuerzas de Moriones en Vitoria, no les hubiera sido fácil á los carlistas navarros su marcha á Vizcaya, dada además la buena situación que el 14 de febrero tenían las tropas liberales: Fernandez vigilando la frontera, Gardin en Azpeitia, Loma en Vergara, Fontela en Mondragon, Castillo y Primo de Rivera por Zumárraga é inmediaciones; todos prontos á acudir inmediatamente á donde fuese necesario, aun estando interceptada la línea férrea entre Zumárraga y Alsásua; los sucesos políticos lo trastornaron todo. Y cuando los carlistas guipuzcoanos no estaban en muy buena situación, teniendo muchos que refugiarse en el alto Aratz, en medio de una terrible nevada, moviéndose hacía los mártires de Azcoitia, con grandes trabajos, desnudos y hambrientos, desertando bastantes, por lo que el grueso de aquellos carlistas se esparció por la costa y entre Lastur y Madariaga. El mismo día 14 de febrero era extremadamente apurada la situación de los defensores de don Carlos, trocándose en favorable por la retirada de las tropas.

En Cataluña se presentaba don Alfonso el primer día del año dirigiendo sendas alocuciones á los catalanes y al ejército carlista, diciendo á los primeros que acudieran á defender la bandera que tremolaba, y á los segundos que se hicieran dignos de la gloriosa misión que se les había confiado y que con tanta constancia sostenían: victoreaba á la religión, á España, á Carlos VII y á los fueros de Cataluña, y abajo el extranjero. El ir procurando la debida organización era el deseo de los jefes mas entendidos; otros, y muchos voluntarios preferían operar en pequeñas partidas por ser menor la exposición y mayor el lucro. Penetraban en poblaciones de corto vecindario, ó en otras considerables en las que contaban con muchos amigos; sostenían encuentros con mas ó menos fortuna en las sierras de la Noguera, en las alturas de la orilla izquierda del Llobregat, desde mas arriba de Puig y hasta Gironella, donde Castells, Tristany, Galcerán y otros pretendieron apoderarse del convoy que conducían á Berga Medeviela y Mola, que desalojaron á los carlistas de sus posiciones y lograron que el convoy llegara á su destino; habiendo debido experimentar aquellos mayores pérdidas, si en el flaqueo de Gironella, don-

(2) «Durante la acción, las fuerzas de Goirienea se colocaron al abrigo de las balas entre los árboles de un monte inmediato que dominaba el terreno de la lucha, sin haber disparado un tiro, imponiéndoles el choque de las balas en las ramas y troncos de los árboles, sin poder sacarles de aquella guarida á pesar de los esfuerzos de algunos de sus jefes, los insultos que les dirigió Pérula, y estar formada la caballería á vanguardia de aquella fuerza y fuera del bosque.» (Historia contemporánea.)

de se habían refugiado, se les hubiera impedido escapar por la parte de Olban, despues de haberse defendido tenazmente. Aun se pudo derrotar á los vencidos en la persecución que se emprendió al día siguiente, 6 de enero, sin la impaciencia de los francos de Berga, que en cuanto divisaron á sus enemigos subiendo las alturas de Coll Tiñós, les hicieron una descarga, que fué oportuno aviso para que el carlista evitara el encuentro. En este mismo día penetró Tallada en Riú de Cols, cuyos voluntarios sostuvieron desde la iglesia un vivísimo fuego, que obligó á los carlistas á reconocer lo vano de su intento y á pedir se les dejara retirarse; obligados á hacer lo mismo tres días despues en Vilaseca, donde entraron por sorpresa al anochecer, y les rechazaron los voluntarios.

Mientras don Alfonso recibía corte y comulgaba en Finesstras, iba Larramendi á la provincia de Barcelona á organizar las fuerzas que la recorrian, Vallés fué sorprendido en Torre del Español, Maló quemaba la estación de Olesa de Montserrat y se apoderaba de don Benito Arteta fusilándolo despues, Nasarre con Camats y otros se apoderaron de los arrabales de Tremp, llegando en medio de una lluvia de balas al portal de Peresall, incendiándole, el café de Gallar y las casas consistoriales, capitulando al fin los refugiados en la iglesia á la amenaza de ser incendiada, recogiendo los carlistas 95 fusiles y 3,000 duros; Guiu era rechazado al intentar apoderarse de un convoy en el Congost; varias partidas reunidas sufrieron de Cabrinety en las inmediaciones de Sellent el descalabro que preparaban á los liberales, quienes tambien les rechazaron de San Celoni; el ataque de Igualada preparado por Larramendi con Vallés y Tristany, no llegó á efectuarse; en el Forn del Vidre formó el tercer batallón mandado por Masanas, y Miret (don Martin) se acercó á Vich, donde se cambiaron algunos tiros; otras fuerzas pelearon por este tiempo en Cubells, Viladrau, Ripoll, Sellés y otros puntos, y terminada la correría que efectuó don Alfonso, dijo á su gente que, «conocidas las aspiraciones del país y el clamor general para que no se abusara jamás de la clemencia, que de un modo pródigo habeis usado, mando y prescribo, desde ahora, que se aplique el rigor de la ley á los que reincidan en el delito de resistir con las armas al ejército.» Hacia ofertas y alentaba esperanzas, y entusiasmados los carlistas se atrevían á penetrar en poblaciones tan liberales como la villa de Moyá, quemada por aquellos en la anterior guerra civil, y ahora elegida como punto de segura estancia, que fué de 30 horas, durante las cuales celebraron banquetes y alegres fiestas, por haberse presentado allí uno de los hijos del infante don Enrique.

Aumentada la gente de Barrancot, pasaba con ella bajo tiro del cañón del castillo de San Fernando de Figueras, sacaba contribuciones en el Ampurdan y en todos aquellos pueblos liberales; otros partidarios amenazaban á Ripoll, á Vich y otras poblaciones importantes, penetraban en Viladrau, y aunque eran batidos por Cabrinety en las montañas de Vega de Curall y alturas de Puig de Castelló, y Mola y Martinez les obligaba á retirarse de Alpens á San Quirse de Besora, Tristany y Camats cobraban á la vez las contribuciones en los pueblos de sus distritos, siendo batido Camats por Arrando en el Collado de Vall de Riet y en el paso de las Yeguas; Medeviela batió á varias partidas de la provincia de Tarragona en las montañas de la Selma; Savalls, que había organizado hábilmente sus fuerzas, obtuvo valiosas ventajas en encuentros mas ó menos importantes, aunque algunos le fueron adversos, y como era su gente el principal núcleo de los carlistas, á ella se presentó doña María de las Nieves, esposa de don Alfonso, que no quería abandonarle en su campaña. Recibióronla en Besora dos batallones, anunciándolo Savalls con una órden general del día—25 de febrero—en la que despues de lamentar el establecimiento de la república, decía que la gran figura de doña María de las Nieves se levantaba frente á frente de su único modelo doña Isabel la Católica: «que si una santa mujer redimió la humanidad entera, y cayó el islamismo bajo el calcáñar de otra mujer magnánima, otra mujer no menos varonil era la precursora de la felicidad de España y de la muerte del liberalismo; que al presentar, lleno de júbilo, á tan ilustre heroína al lado de su esposo, que, como capitán general, el primer soldado y el

mas noble de los caballeros les guiaria al combate y á la victoria, debían darse todos por exageradamente remunerados de los sacrificios que habían hecho y de los que les esperaban; y que juraran una vez mas salvar la patria ó morir en la demanda. Victoreaba á don Carlos, á don Alfonso, á doña María de las Nieves, á España y á los fueros de Cataluña, y abajo la república.» Tambien don Alfonso dirigió una alocución al ejército liberal estimulándole á cobijarse bajo la bandera carlista, protestando de que el gobierno de su hermano fuera intolerante, intransigente, amator exclusivo de vetustas instituciones, ni enemigo de todo lo bueno que encerraba la sociedad moderna; que depusieran prevenciones injustificadas; que se había echado un velo sobre sucesos pasados y que á todos abría los brazos.

En toda la parte oriental de España, desde el Ebro hasta Alicante, no podía considerarse formalizada la guerra civil, pues ni apenas conseguían las partidas que se iban formando mostrarse temidas aun cuando ejecutaran actos de audacia ayudados por la fortuna. Excepto Polo y algun otro, eran pocos los antiguos jefes carlistas que se habían decidido por lanzarse á la lucha; aun esperaban algunos órdenes de Cabrera, y el antagonismo que entre todos existía era causa de grandes y muy graves disensiones. Cuala era el que mas se distinguía. Aunque se vió en medio de un triángulo formado por las columnas de Velarde, Maturana y Llorach, supo evadir el peligro, y el 1.º de enero—1873—desde Tirig fué á Chert, donde y en San Mateo y Benicarló, recogió algun dinero, inutilizó la vía férrea y telégrafo, corrióse á las Roquetas, á media hora de Tortosa, y reunido con Panera, Piñol y don Joaquin Ferrer, nombrado comandante general interino del Maestrazgo, sostuvieron en Peñarroya reñida acción con la columna del coronel Arjona, que ya había tenido antes otros encuentros. Fraccionados los carlistas, peleó Cuala en Puerto Mingalvo y en el Barranco de Silvestre, no impidiendo este y otros choques su correría por tierra de Valencia, mientras Ferrer y Piñol, cada uno por su parte, efectuaban fructíferas algaradas, aun á la izquierda del Ebro, que le pasaban y repasaban fácilmente. Aunque se les perseguía con actividad, como tenían que atender á evadir encuentros desfavorables, no podían organizar la guerra, ni aun contener la desmembración de su gente; habiendo partidario que apenas dirigía una docena de hombres.

Procuró levantar el espíritu carlista del país, bastante amortiguado, don Pascual Aznar, conocido por el Cojo de Carinena, reunióse con Caverro, que entendiéndose con los republicanos de Zaragoza trabajaba por los carlistas, á cuyo partido pertenecía, y le prestó servicios como ayudante de Ortega en la Rápita, y alojados todos en Santa Cruz de Nogueras, vióse desde luego la falta de dirección por el barullo que allí se promovió, encargándose á Caverro lo remediar organizando aquellas fuerzas. Estaban armando algunas con las escopetas mas útiles, cuando al saber Aznar la aproximación de los liberales ordenó á Caverro se les esperase, siendo inútiles las observaciones de éste sobre lo inconveniente de la determinación, y aconsejando la retirada. Empeñóse Aznar en efectuar la resistencia desde las casas, presentáronse los liberales, trabaron acción con Caverro, que tuvo al fin que encerrarse en una casa, despues de haberse batido con bizarría y rechazado á los que mas le asediaban, y el resultado fué quedar prisioneros todos los carlistas, viendo Aznar las consecuencias de su obeceación, pues pudo haberse retirado varias de las veces que Caverro se lo aconsejó. Terrible golpe sufrió con este fracaso la causa carlista porque como en los que componían aquellas fuerzas estaban todos los que habían de ser jefes de las partidas que iban á formarse en Aragon, fracasó en Santa Cruz de Nogueras el concertado movimiento de aquella parte de España.

En Castilla no había la servil obediencia del aldeano vascongado, del montañés catalan y del sencillo habitante del Maestrazgo, y no eran por consiguiente instrumento de ajenas pasiones, escabel de turbulentas ambiciones, ni dóciles corderos de su pastor eclesiástico. No faltaban, sin embargo, elementos carlistas, pero mas reflexivos, ó mas prudentes los castellanos, no por falta de valor, que ha sido siempre pro-

verbia el de Castilla, casi nunca se ha prestado esa noble tierra á encender la guerra civil. Si tomó gran parte en las comunidades, fué por considerar aquel levantamiento como nacional, y en la guerra de sucesión del siglo pasado, estaba en su puesto al lado de don Felipe. Solo tratándose de defender la independencia nacional no hay vacilación de ninguna especie; todos son soldados, á los que no les importa ser derrotados en Riosoco, y de ellos salen Merino, el Empeinado, Albuin y aquella pléyade de héroes, nuevos Viratos de esta patria en la que tanto abundan.

El jefe carlista de la provincia de Guadalajara don Andrés Madrazo tenía interés en promover la guerra en esta provincia por su intermediación al Maestrazgo, mas todas sus proclamas y esfuerzos no obtuvieron valioso resultado, arrastrando con su escasa fuerza una existencia trabajosa, tan pronto penetrando en la provincia de Segovia como en la de Soria y Aragón, siendo batido en la venta de Coscojar, término de Used, haciéndole bastantes prisioneros y quedando herido. El veterano carlista don Isidoro del Castillo, dirigía entusiastas proclamas á los conguenses para que se lanzaran al combate, estimulando á las mujeres para que alentaran á sus esposos, á sus hijos y á sus hermanos, y el que no tuviera valor para manejar el fusil que lo comprara para otro. En las provincias de Toledo y de Ciudad Real se echaba de menos al cura de Alcabon y á Sabariegos; don José Castell no llegó á reunir 60 hombres; don Crisanto Diaz tuvo un fatal encuentro en la Setécima, y las demás partidas no podían resistir la activa persecución que se les hacía. En Extremadura y en las provincias de Alicante y Murcia, mas que el elemento carlista dominaba el republicano: Páloc pretendió entrar en la capital última, lo cual le costó la vida. Poco despues penetró en el Pinoso una partida carlista de mas de 80 hombres, mandada por G. del Campo, distinguido jóven, hijo del marqués de Montealegre, se alentó el levantamiento de otras y las formaron Fuster, Thous, Tuste y otros; pero fué corta y estéril su existencia. No tienen mas historia las partidas que trabajosamente aparecían en Castilla la Vieja, y aun cuando algunos terrenos montuosos les eran favorables para guarecerse en ellos, como sus jefes carecían de las singulares cualidades, dotes y condiciones físicas del guerrillero, ninguno se distinguió, excepto Hierro y algun otro.

Grandes esfuerzos hacia don Angel Rosas para establecer la guerra civil en Asturias, pintando en sus proclamas la situación del país con los mas negros y exagerados colores, llamando á las armas á todos los asturianos para hacer la guerra «¡á los herejes y filibusteros! ¡á los ladrones y asesinos! ¡Guerra hasta vencer ó morir! ¡Santiago y á ellos, que son peores que moros!» En el choque tenido en el concejo de Aller y en Barrio el 3 y 4 de enero, comprendieron que mejor que sostener encuentros les convenía evadirlos y aumentar su gente y recursos; invadieron algunas poblaciones cobrando tributos, y donde como en el Infesto no lo conseguían, se llevaban rehenes y obtenían algunas pequeñas ventajas; pero no era grande su medro, y Rosas, Valdés y Antoñano, y cuantos pretendieron encender la guerra civil en aquella region de pacíficos y honrados moradores, no pudieron lograr su intento, consiguiendo solo tener intranquilos á los habitantes de las pequeñas poblaciones.

En Galicia se levantaron algunas partidas insignificantes, y en vano se esforzó Valcaroe y otros en hacer que los pacíficos gallegos se convirtieran en belicosos carlistas.

Si mortificaba á don Carlos lo poco que adelantaba su causa en algunas provincias de España, esperaba que el curso de la política española le sería altamente favorable; así al recibir las primeras noticias que presentaban como inminente la abdicación de don Amadeo, escribió á Dorregaray que si la república se imponía en Madrid y «causaba espanto en los tímidos y en los tranquilos padres de familia, es de justicia y de interés nuestro protegerlos y acogerlos, sea que vengan á refugiarse bajo mi bandera, sea que huyan de los horrores que temen de la república; deben encontrar seguridad en su marcha, y buena acogida en nuestras filas ó en nuestros pueblos. —Siguiendo la hipótesis de que los acontecimientos de Madrid produzcan disturbios, estos deben facilitar el desarrollo de

nuestro movimiento, que hay que impulsarle con actividad.» Procuróse tambien introducir en el ejército la division y la desconfianza; apresuró Dorregaray su entrada en España; consideró don Carlos como un triunfo enviarle un oficial de artillería, el cual aseguraba que otros de su misma arma seguirían su ejemplo, y así como cambiaba la situación política del país iba á cambiar la de la guerra.

Además de decir Nocedal á don Carlos que la guerra era el único modo de alejarle del trono, le añadió que sin ella los gobiernos revolucionarios habrían acabado por disolver el ejército; que sin este, los desmanes de los alborotadores, habrían dado lugar á que llamasen á don Carlos para salvar sus escaparates hasta los tenderos y mercaderes de Madrid, y que entonces, él con sus diputadas, disponiendo de la mayoría del Congreso, que no existía sin sus votos, que todos buscaban en sus reyertas intestinas, podría en un momento bien aprovechado, «hacer posible y aun necesario el reinado de don Carlos; pues qué sería difícil que un día dado la mayoría del Congreso, obligado á escoger entre Pi Margall ó yo, me eligiera á mí, encontrándome apoyado por 60 ó 70 diputados carlistas?» Teniendo esto presente don Carlos le manifestó el 12 de febrero,—1873—que en union con el reverendo obispo de la Habana tuviera toda la representación de su autoridad que necesaria fuese para aprovechar las circunstancias y obrar en nombre de don Carlos, para lo cual les daba amplias facultades, y que designase una tercera persona militar de alta graduación para ejercer de acuerdo con ellos las mismas funciones. Falleció á poco en Roma el obispo, y quedó Nocedal investido del poder para en su caso y día, sin mas compromiso que nombrar el militar que creyera á propósito. Como volvió á encender la guerra el carlismo, Nocedal no llegó por entonces á hacer uso de sus poderes, aun continuando firme en su convicción de condenar que el partido apelara á las armas. Encargábase de justificar sus apreciaciones sus contrarios políticos, cometiendo unos graves errores y convirtiéndose otros en amigos ó favorecedores. A la *Liga nacional* formada para combatir las reformas proyectadas en Ultramar, que se constituyó en un verdadero poder contra el gobierno, se adherieron no solo los que se oponían á aquellas reformas, sino los carlistas, identificándose todos en las mismas aspiraciones. El Centro hispano-ultramarino de Madrid dió el 10 de enero un manifiesto á la nación que le firmaban alfonsinos, moderados y carlistas, todos en contra del gobierno. Aquella poderosa liga no reparaba en medios para conseguir sus fines, y soliviantó grandemente la opinión pública.

Las sesiones de Cortes, suspendidas desde el 24 de diciembre anterior, se reanudaron el 15 de enero de 1873; y la tan necesaria secularización de los cementerios, la reforma del impuesto sobre títulos y cruces, reemplazo del ejército y abolicion de la quinta y matrículas de mar, presupuesto de gastos á los que se consagraban las sesiones nocturnas, y algunos otros asuntos, excitaban los ánimos y preparaban conflictos, superando á todos el surgido con los jefes y oficiales de artillería precursor de la abdicación de don Amadeo. Habían salido triunfantes en otra cuestion nueve años antes, con el general Córdova, y arrojaron las consecuencias de esta segunda. Los cargos conferidos al general don Baltasar Hidalgo en Vitoria y Cataluña, si no fueron un pretexto, soliviantaron los ánimos de los oficiales de artillería, sus antiguos compañeros de armas, que habían visto, sin embargo, impasibles, los ascensos de Hidalgo á coronel, brigadier y á general, y no querían ahora ser mandados por él; y aunque el gobierno se mostró en un principio dispuesto á conciliar voluntades para evitar conflictos, había interesados, y no pertenecientes al cuerpo, en aumentar antagonismos, y valerse de la cuestion para derribar al gabinete, sin pensar, ó pensando maliciosamente, que pudiera tambien caer el rey, á lo que algunos aspiraban; así que, lo que en su comienzo era una cuestion de cuerpo, se convirtió en política, y los artilleros fueron inconsciente instrumento de personas extrañas al cuerpo. No faltaron entre los mismos oficiales quienes se lamentaron de la situación en que se les había colocado, y en la que se colocó el director del arma.

Si no todos, la mayor parte de los jefes y oficiales de artillería

ría que había en Madrid, celebraban frecuentes reuniones en casa de don Augusto Ulloa, que hacía fuerte oposición al gabinete Zorrilla; y mas que á procurar una transacción honrosa á todos, se aspiraba á producir un ruidoso rompimiento. Trató de evitarlo el general Córdova haciendo prudentes observaciones á la autoridad superior de Cataluña sobre el mando que se confería á Hidalgo, contestándole «que estaban previstos los inconvenientes que resultarían del mando del general Hidalgo con fuerzas que tuviesen artillería, con las que nada tendría que ver dicho general, que se limitaría á dirigir las operaciones de la provincia de Tarragona, donde no consideraba necesaria aquella arma:» nada de esto satisfizo á los disidentes; se consideró imposible la conciliación; manifestó el señor Zorrilla á su compañero el general Córdova que obrase con justa energía; aun pretendió Córdova evitar el rompimiento y telegrafió al Capitan general de Cataluña insistiendo en la necesidad de evitar nuevos conflictos, que atraerían grandes males al país, y que vista la actitud de los artilleros en toda la Península, procurase evitar á toda costa la causa determinante del conflicto, invocando el patriotismo de todos; y «si á pesar de la guerra que aflige al país y de la conducta observada por V. E. y el gobierno, los artilleros insistieran en su resolución, para nadie serían tan desagradables las consecuencias como para los que tan inmotivadamente las promueven y aumentan las desgracias de la patria, cuyo juicio no podría menos de condenarles.» Tal era el afán de Córdova por una avenencia conveniente á todos, que se decidió á relevar á Hidalgo y dimitir para facilitar el arreglo de la cuestion con los artilleros. No se aceptó este sacrificio del general que quería echar sobre sí la responsabilidad de todo lo sucedido. En el Consejo en el que se trató de este asunto se hubiera resuelto segun el deseo del ministro de la Guerra, si uno de sus compañeros no le hubiera combatido enérgico y alentado á todos á seguir adelante en la cuestion, relacionándose quizá aquella actitud con el proyecto que se fraguaba de derribar aquel ministerio.

Precipítanse los sucesos: colocados los artilleros frente al gobierno, lo posponen todo al espíritu del cuerpo, y convencidos de su poder político, presentan solicitudes de cuartel, retiro ó licencia absoluta, segun la situación de cada uno; no pudo menos de admitirlas el gobierno; así lo circuló á todos los Capitanes generales del distrito y del ejército del Norte, encargándoles que la actitud de los artilleros no perjudicara al orden ni á la disciplina de las tropas.

Lamentada por el Rey la actitud de los artilleros, especialmente desde que se hizo política, de ninguna manera quería la disolución de un cuerpo que estimaba en mucho, aun cuando ociosos consejeros le estuvieran previniendo en su contra y mostráranse solícitos por agravar en vez de atenuar el conflicto, creyendo en su miopismo político que solo se limitaría el asunto á una modificación ministerial en la que lograrían una cartera. Por servir sus intereses, hundían la monarquía á la que estaban ligados. No variaba por esto la actitud del Rey, y avisado el gobierno de que aquel rechazaba el propósito del mismo respecto á la cuestion artillera, se preparó la famosa sesión del 7 de febrero, que no tuvo otro objeto que obtener el ministerio el apoyo de las Cortes, como lo consiguió, para imponerse al Rey, ante el que se presentó el gabinete con el voto de confianza que le había dado la representación nacional, aprobando su proceder con los artilleros y prejuzgando una cuestion de tanta gravedad. Lo mismo hizo el Senado, cuya sesión fué mas importante que la del Congreso (1).

Los que habían preparado aquellas imposiciones al monarca, no veían en su ofuscación que derribaban la dinastía. Tenía defensores el Rey, al que hubiera bastado pronunciar una palabra para quedar triunfante en aquella contienda, aun cuando hubiera habido que luchar en las calles: no dudaba del éxito; pero no quería reinar imponiéndose por la fuerza, ni aun para sostener sus prerogativas y no dejarse imponer de aquella manera. No veía en perspectiva un reina-

(1) 191 votos tuvo el gobierno en la sesión del 7 para imponerse á don Amadeo en la cuestion artillera; los mismos que le dieron la corona.

do venturoso, cuando cada día se asombraba de la division de las mismas parcialidades políticas, cuando los jefes de los partidos se acusaban mutuamente de traidores, y desconfiaban unos de otros los prohombres de la propia fracción política. «Si los mismos españoles no mitigan sus odios y simpatías, y los que se llaman mis defensores no se unen, ni se entienden, ¿cómo he de unirlos y entenderlos yo?» exclamaba don Amadeo.

El 8 se dispuso la entrega de las compañías de artillería á los sargentos primeros de las mismas, á los que se hacía tenientes y alféreces á los segundos, se decretó la reorganización del cuerpo, dividiéndose en dos agrupaciones, una facultativa del arma, y la otra de los regimientos y secciones armadas; y los hechos demostraron en breve que no pudo llenarse el vacío que dejaron los jefes y oficiales, que mostraron sin duda mucho espíritu de cuerpo, pero tambien se les criticó de poco amor al arma y á la patria, que siempre está por encima de todo, y mas en aquellas circunstancias y con una guerra civil.

Firmado por don Amadeo el decreto referente á los artilleros, no se comprende su abdicación, que estaba en su lugar presentándola en contra de aquella determinación que rechazaba, y se le imponía. Había en palacio buenos y leales servidores del Rey, que se lamentaban de que rechazase el hacer que triunfara la razón y la justicia, para lo cual abundaban medios y probabilidades y aun seguridad de triunfo; sin que esta repulsión del Rey pudiera atribuirse á cobardía, sino á un constitucionalismo inconsciente, á un pudor político pueril, y debemos ser francos, á no conocer el Rey las personas, ni las cosas, ni la situación que se atravesaba.

La Reina, dignísima y santa señora, se veía en sueños entre el carlismo y la Internacional; temió, y en el régio palacio enviaba su ducal vivienda. Vióse ofendida por una aristocracia que estaba muy lejos de poseer sus virtudes, y hasta como señora, y en el mas puro y dulce sentimiento de una mujer, en el maternal: deseó sacar á su esposo y á sus hijos de esta tierra perturbada, y así lo pedía á don Amadeo. Sin ambición este, no creyéndose con fuerzas, ó no queriendo emplearlas para unir á unos hombres, hacer mas transigentes á otros y menos apasionados á todos, anunció al señor Zorrilla su irrevocable resolución de abdicar la corona.

Zorrilla, que había visto defraudadas sus mas lisonjeras esperanzas; que lleno de los mejores sentimientos se afanaba por hermanar la libertad que tanto amaba, con el orden, tan necesario á todo gobierno, soportaba con amargura los obstáculos que sus mismos correligionarios y amigos le oponían, procuraba hacer frente á las contrariedades de cada momento y solo aspiraba á salvar la monarquía y la libertad. Los acontecimientos que se sucedían eran ya superiores á sus fuerzas, y cuando el Rey le manifestó su resolución de abdicar, cuando vió lo infructuoso de sus consejos para evitar aquel conflicto, procuró aplazarle por si ganaba con el tiempo lo que no conseguía por cuantos medios puso en juego. Inquebrantable la resolución del monarca, las Cortes eran únicamente las árbitras de los destinos del país. En vano pretendió el gobierno suspender las sesiones por algunos días, en los que creía evitar el conflicto, ya formándose nuevo ministerio, ó adoptando otras medidas; negóse el señor Rivero, como presidente de las Cortes, á suspender las sesiones, preparándose por el contrario á reunir ambas cámaras y constituir las en convención, faltándose así al artículo 47 del Código fundamental, y levantarse contra las prerogativas de la corona, pensamiento que hacía tiempo germinaba en la mente del señor Rivero; no había en el seno del gabinete la necesaria unidad de miras; pública la inminencia de la abdicación, creció, á la vez que la ansiedad general, el movimiento de los partidos; empezó á rodear el público el palacio de las Cortes, discutíase desde las ventanas mas que en los escaños de la Cámara; ofrecióse á la multitud por algunos diputados republicanos que no saldrían de allí sino muertos ó con la república, y retiráronse los grupos para volver por la tarde armados. Dentro pretendían unos se acordara no suspender las sesiones aunque el gobierno lo pidiera; otros que se constituyera el Congreso en sesión permanente, algunos en convención, y los mas avanzados que